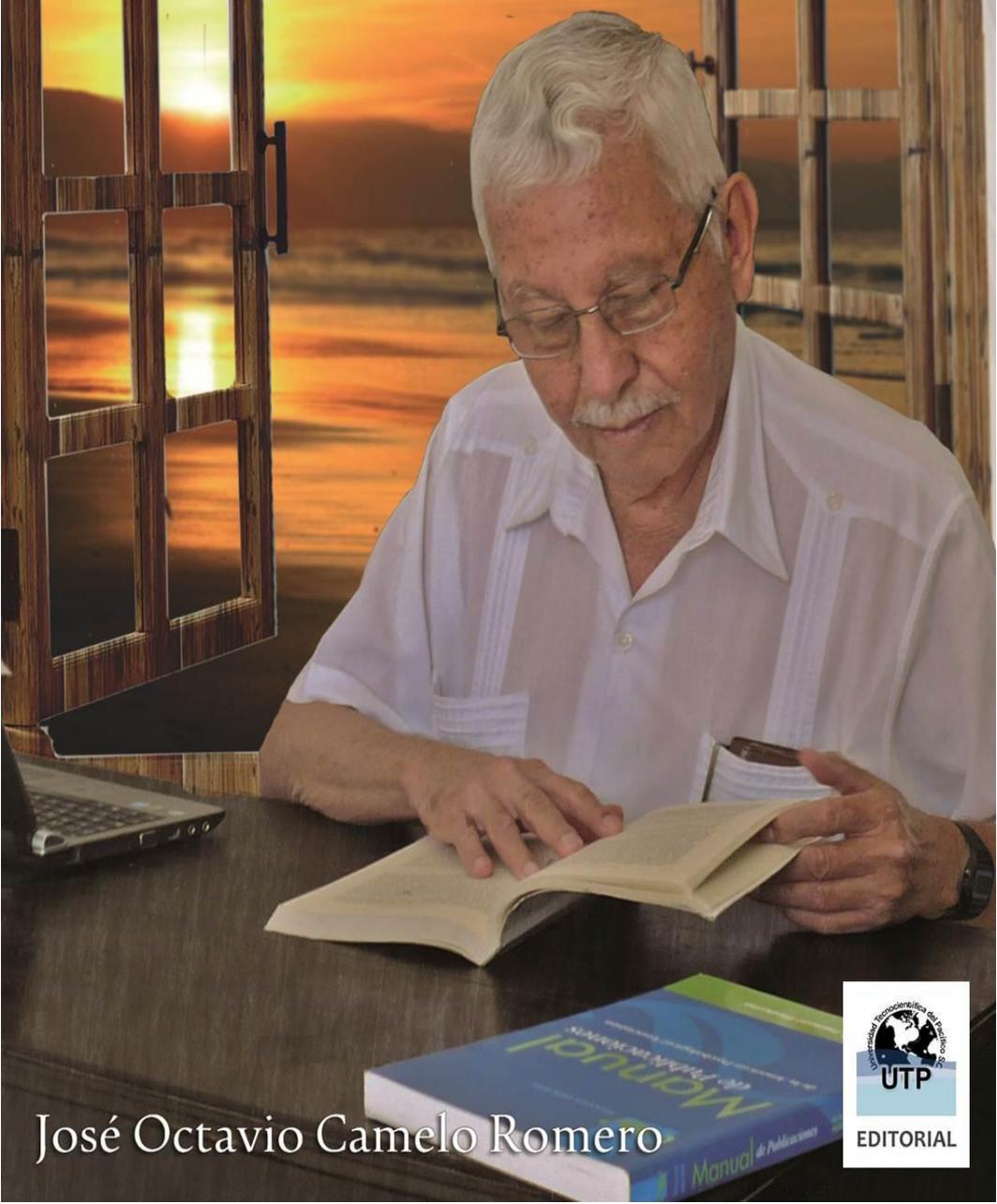


Memorias de un Universitario



José Octavio Camelo Romero



Memorias de un Universitario

José Octavio Camelo Romero



Memorias de un universitario es una publicación editada por la Universidad Tecnocientífica del Pacífico S.C., calle 20 de Noviembre, # 75, Col. Mololoa, Tepic, Nayarit. México. C.P. 63050, Tel. (31)1212-5253, www.tecnocientifica.com. Junio de 2015. Primera Edición, Primera impresión en formato digital, Tiraje: 200 ejemplares.

ISBN:

978-607-96840-1-3

Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de La Universidad Tecnocientífica del Pacífico S.C.

Memorias de un Universitario

José Octavio Camelo Romero

Edición

Manuela Martínez Ruvalcaba

Diseño de portada

Juan Francisco Bastida Esquivel

Índice

Primera Travesía: La Infancia.....	4
Segunda travesía: Estudiar la preparatoria.....	19
Tercera travesía: Fe, ciencia y política.....	23
Cuarta travesía: Moscú	33
Quinta travesía: De regreso a México.....	50
Sexta travesía: Familia.....	60
Séptima Travesía: Frente de Defensa Popular	64
Octava travesía: La UAN	73
Novena travesía: La actualidad.....	90

Presentación

Esta bibliografía surge de la idea de tener plasmada una historia ejemplar de voluntad, humildad, pasión, coraje, valentía, amor, tenacidad, pero sobre todo de gran lucha contra la ignorancia. El maestro Camelo, como todos lo llamamos, dedicó su vida a la lucha por el bienestar social, por la educación, por la matemática y por la educación matemática.

Primera Travesía:

La Infancia

José Octavio Camelo Romero nació en Tepic, Nayarit el día 30 de abril del año de 1942. Fue hijo único. Y su niñez se desarrolló en las ciudades de Tepic, Santiago Ixcuintla y Tuxpan, Nayarit en compañía de su mamá Doña María Isabel Romero Astorga. La mayor parte de su niñez y adolescencia la vivió en Tuxpan.



El pequeño José y su madre

El refiere su experiencia de vida de la siguiente
manera:

Cuando viví en Tepic mi madre trabajaba en Gobierno. Nosotros vivíamos por la avenida Allen-
de entre las calles San Luis y Ures, en la acera sur,
en una casa de Don Teodosio Íñiguez. En la acera
norte, frente a donde vivíamos vivían una pareja
de ancianos que se dedicaba a la alfarería. Ellos
producían objetos con barro rojo. Tenían un taller
en un espacio suficientemente grande. Mi madre
trabajaba en gobierno y en el tiempo de su traba-
jo me dejaba con esa pareja de ancianos para
que me cuidaran. De la señora no recuerdo el
nombre pero el señor se llamaba Abundio. Yo
aprendí a decirle Papá Abundio. A mi corta edad
me enseñaron el oficio de alfarero, claro en las
dimensiones de un niño de cuatro o cinco años de
edad. Sin embargo esa habilidad la perdí con el
paso del tiempo como perdí el idioma ruso. Por
algunas circunstancias mi madre y yo nos trasla-

damos a la ciudad de Santiago a vivir con mi abuela materna, con Doña María Isabel Astorga. Allí me inscribieron en el jardín de niños que estaba en el Jardín Juárez. Tras mi paso por el preescolar, me inscribieron en la escuela primaria conocida como “la escuela EMO” en honor de Don Elías Martínez Ochoa. En dicha escuela desarrollé una extraordinaria habilidad memorística y visual que posteriormente perdí. Me costó mucho esfuerzo aprender a leer y escribir, pero me resultaba extremadamente fácil aprenderme de memoria las lecciones. Así que aparentemente yo leía de corrido hasta que mi madre descubrió el engaño. Simplemente me preguntó: ¿dónde dice “se asea”? y como era lógico, yo le marqué toda la frase. Mi adorada mamá que era seguidora de la pedagogía de “las letras con sangre entran” asumió la función de pedagoga y me propinó una santa golpiza que tuvo que entrar mi abuela al quite. Debí de haber sido muy eficiente esa didáctica porque

recuerdo que hasta mi pubertad todavía la aplicaba.

Posteriormente y bajo otras circunstancias que tampoco supe nos trasladamos a la ciudad de Tuxpan, donde vivía mi tía Antonia Romero quien se había casado con un ciudadano árabe, de Beirut, Don Amín Modad. Ellos tenía una tienda de ropa contra esquina de la escuela primaria “José María Morelos” Y Pavón” que se llamaba “La Ochavada”. Quizás por esa cercanía me inscribieron en la “escuela Morelos”. Allí realice todos los estudios de la educación primaria. Por el estado desastroso de mi preparación académica, tuve que ingresar de nuevo al primer año de primaria para regularizarme y poder acceder a grados superiores. Me supongo que las maestras en combinación con la pedagoga de mi madre diseñaron una buena estrategia de aprendizaje. Por fin aprendí a leer y escribir y otras cosas más. Así ascendí al segundo año y desde ese grado hasta que terminé la

primaria estuve bajo la tutela de la profesora Josefina, a quien de cariño le decían Chepina. En la primaria se dieron cuenta que tenía un defecto visual. Me sentaba en las primeras filas del salón para medio ver lo que se escribía en el pizarrón. Con el tiempo supe que yo tenía un problema visual provocado por la combinación del astigmatismo y la hipermetropía. Lo cierto es que ni con lentes recuperaba toda la visión. Desde inicio que use lentes fueron de un grosor superior a los fondos de las botellas. Y las ofensas de los compañeros por usar anteojos me obligaban a quitármelos y esconderlos. Todo este trajín se traducía en el mal desempeño de alumno de la primaria. Pero la “señora Chepina” tuvo el tino de al grupo de rezagados darnos clases en su casa durante las vacaciones de verano. Además de solicitar a la dirección que año con año le dieran a nuestro grupo. Por eso en la primaria prácticamente tuvimos una sola maestra.

Yo distribuía mi tiempo entre la escuela primaria y la tienda “La Ochavada”. A esa tienda acostumbraban llegar varios agentes de venta entre los cuales se incluía un paisano de mi tío Amín llamado o apodado Policarpo. Mi tío y su paisano invertían mucho tiempo en recordar cosas de su tierra. Pero también se contaban entre sí sus anécdotas. Para mí toda su plática era aprendizaje y me deleitaba con sus vivencias. Yo acostumbraba a estar gran parte de mi tiempo acompañando a mi tío Amín y desde luego escuchando las anécdotas de su paisano Policarpo siempre decía que él en Mexicali Baja California “barría el dinero con la escoba”.

Me impresionó tanto esa actividad de barrer dinero que cuando terminé la primaria le pedí permiso a mi madre para que me dejase ir a Mexicali a vivir con mi tía Luz. Estaba tan seguro de mi futuro que pensaba llenar unas cuantas carretillas de dinero y luego regresarme a casa. Sin em-

bargo antes de partir a la frontera mexicana me inscribí en la Academia Remington. Allí comprobé una vez más que no veía. Teníamos que leer el periódico y simultáneamente escribir en máquina mecánica sin ver el teclado. Yo nunca pude leer el periódico y menos sin lentes. Así que para mí fue un sufrimiento estar en la Academia. Sin embargo como pude me gradué de secretario.

La plática de Policarpo de que en Mexicali se barría el dinero con la escoba se me quedó muy grabada. Siempre pensé que podía llenar unas dos o tres carretas de dinero y regresarme a casa. Por fin convenzo a mi madre para que me permita ir a Mexicali con mi tía Luz. Con esa decisión maternal mi sueño estaba a punto de realizarse. Pronto mi madre y yo resolveríamos el problema existencial. Para ese tiempo yo tendría alrededor de unos 13 años pero debía de ser bastante ingenuo como para pensar en barrer dinero con la escoba, llenar unas cuantas carretonadas del mismo y volverme a Tuxpan.

Hicimos la travesía por tren y por fin llegamos a Mexicali. Allí la vida no era ni fácil ni sencilla. Me encontré con un clima extremoso, tanto en tiempo del frío como, del calor. Pero también encontré la condición de existencia, el trabajo. Me acordaba de Policarpo con cierto coraje por las mentiras que le decía a mi tío Amín.

Pronto me incorporé a la actividad productiva primero vendiendo cosas en las colonias en una camioneta y en compañía de mi padrino Carlos. Después encontré un trabajo con unos árabes en un taller de radio denominado “Radios Monterrey” situado en el “pasaje la Chinesca”.

Yo no sabía absolutamente nada de radios pero mi físico era parecido al de un hijo del dueño, hijo que había fallecido como cuatro años antes de mi llegada. Por eso cuando me presento para pedir una oportunidad para trabajar inmediatamente me dicen que ya estaba contratado y me ponen de

auxiliar del radiotécnico del taller, un señor llamado Alberto.

Mi primer trabajo fue un fracaso. Beto, como todos le decían al técnico, estaba arreglando un tocadiscos que tenía montado en un instrumento especial para esos fines. Yo, recién ingresado, me paro a su lado por el lado izquierdo y le pregunto: ¿En qué lo ayudo? Sin voltear a verme me dice: “levántame el brazo”. Yo presto a cumplir la instrucción lo tomo del codo izquierdo y le levanto el brazo. Con cierta paciencia me dice: “ese no. El otro”. Entonces le doy la vuelta y me paro al lado derecho de él y le levanto el codo derecho. Ya no resistió más y molesto me dijo que levantara el brazo del tocadiscos y me dice cuál es. Esa acción bastó para que Beto se diera cuenta que yo no sabía nada de electrónica. Sin embargo no perdió la Fe en mí.

En otra ocasión llegó un señor con un radio descompuesto. Todavía se usaban los radios de bulbos. Alberto inmediatamente probó los tubos y determinó que uno no servía. Le pidió al señor que volviera por la tarde por su radio. El señor se va y me ordena que lave el gabinete. Pensé que eso sería pan comido. Me dispuse a lavar el gabinete que por cierto era de una especie de plástico. Agarré jabón y lo empecé a restregar. Al rato me doy cuenta que se le borraron los numeritos que tenía en una placa de vidrio. Y cuando le entrego el gabinete lavado por poco le pega un infarto. ¿Qué hiciste? Me pregunta. Lave el gabinete con jabón y estropajo le contesté. Y la carátula, me inquiera. También la lavé y se le cayeron los números y las letras le dije. Por fortuna en el taller había un radio semejante que era propiedad del negocio. Y tuvimos que cambiarle el gabinete para que el dueño del radio no se fuera a enojar. Y así como esas, hubo más anécdotas de mi estancia en ese taller de radios.

Sin embargo, con muchas limitaciones medio aprendí el oficio de radiotécnico. Pero también allí cobré conciencia que yo no era para ese tipo de trabajo ni mucho menos para el trabajo manual. Después de un año me devolví a Tuxpan decidido a estudiar la secundaria.

Sin las carretonadas de dinero regreso a Nayarit con el firme propósito de realizar la educación secundaria. No pude inscribirme en la secundaria federal porque ya rebasaba los 15 años de edad. Una alternativa era una secundaria nocturna o una privada para adultos. En Tuxpan existía la escuela secundaria nocturna para hijos de trabajadores “Melchor Ocampo” pero estaba “clausurada”. Había que buscar otra aunque fuera en Santiago Ixcuintla. Me trasladé a ese municipio pero tampoco encontré la solución a mi necesidad de estudio. Por fortuna en Tuxpan varios profesores y trabajadores adultos andaban buscando la forma de estudiar la secundaria. Y así fue como se

conformó un grupo y se reabrió la escuela secundaria nocturna Melchor Ocampo.

De regreso a Tuxpan, como consecuencia de la convivencia con los compañeros de la secundaria y la influencia de mis vecinos, me integré a la Acción Católica de Juventud Mexicana, ACJM por sus siglas. Allí trabé contacto con las ideas religiosas y supe de los misterios de la religión. La organización contaba con un gimnasio y una academia. En el gimnasio cultivábamos el cuerpo y en la academia, el espíritu. Había que creer en el dogma de la Fe. Y yo estaba segurísimo que así debería ser porque sin Fe no podía explicarme el misterio de la Santísima Trinidad y el misterio de la Concepción de María madre de Jesús. Todo pintaba bien hasta que entré a la escuela secundaria y a la clase de biología impartida por el profesor Sebastián Rendón. De golpe y porrazo dice el biólogo que no existen dogmas, que el conocimiento debe ser

científico y que todo conocimiento científico es comprobable.

Al escuchar semejante aseveración sentí como si me hubiera caído en la espalda un balde de agua fría, casi, casi como agua del congelador. El maestro Rendón acababa de demoler mi pensamiento místico. Esperé el día de reunión de la academia de la ACJM y con plena ingenuidad les hago saber que no hay dogmas, que el saber científico no los admite. La respuesta no se dejó esperar y poco faltó para que me lincharan. Sin embargo alguien con mesura llamó a la cordura y la sangre no llegó al río. Pero yo nunca más fui invitado a participar en esa academia.

En la secundaria logramos conformar un grupo dentro del cual yo era de los más chicos. De esa manera no únicamente se reabrió la secundaria Melchor Ocampo para hijos de trabajadores sino que con una planta de profesores de filiación

socialista se generó un pensamiento dogmático de corte lombardista en alusión a Don Vicente Lombardo Toledano. Sin embargo eso me abrió el horizonte para posteriormente arribar al marxismo. Mi problema visual me impidió tener buen desempeño como alumno. Empero encontré el apoyo de unos compañeros quienes en sesiones de estudio me explicaban lo que el maestro exponía en su clase.

Al terminar la secundaria me trasladé a Tepic a estudiar la Normal básica pero al acompañar a Rodolfo Avedoy Corona a inscribirse en la escuela preparatoria número uno de Tepic, y al integrarme a su lado en la fila de aspirantes a bachilleres, una vez que llegamos a la ventanilla y me pidieron mis documentos, me decidí a estudiar una carrera universitaria y también me inscribí en la prepa uno de la hoy Universidad Autónoma de Nayarit. Finalmente no ingresé a la Normal básica pero si lo hice al Instituto de Ciencias y Letras del Estado de Nayarit.

*Segunda travesía:
Estudiar la preparatoria*



Fotografía del joven Camelo

Desde 1962 mis estudios profesionales no serían resultado de mi voluntad sino más bien de las circunstancias. En el traslado a la ciudad de Tepic para mi inscripción en el Centro de Educación Normal, desde la salida de Tuxpan hasta la llegada a la ventanilla del Instituto de Ciencias y Letras del Estado de Nayarit, yo traía la convicción de ser profesor de primaria. Quizás no tenía la vocación para ello pero se escuchaba por doquier que los profes salen con plaza segura y con buenos sueldos.

Aunque para ese entonces yo era un joven adulto con aspiraciones matrimoniales, todavía no tenía resuelto el asunto de la solvencia para la vida en el futuro. Por ello era atractivo ser profesor. Solamente me inquietaba un hecho: el haber visto cómo el ejército mexicano había irrumpido en la escuela primaria José María Morelos de Tuxpan cuando el magisterio apoyó al movimiento ferrocarrilero encabezado por sus líderes Valentín Campa

y Demetrio Vallejo. No era para menos, algunos connotados maestros nayaritas fueron destacados líderes y por eso fueron objeto de persecución policiaca. Sin embargo, el atractivo del supuesto buen sueldo era mayor que el miedo.

En el autobús que se dirigía de Tuxpan a Tepic veníamos varios secundaríamos. Entre ellos venía Rodolfo Avedoy Corona que, aunque estudiaba en la secundaria diurna, su capacidad de oratoria y su extraordinaria memoria lo distinguían de los demás y, se antojaba ser su amigo. En el camino intercambiamos opiniones sobre las aspiraciones que teníamos cada uno de nuestra superación profesional. Rodolfo tenía claro su objetivo: estudiar preparatoria para posteriormente hacerse abogado. A la llegada del autobús a la terminal, intercambiamos opiniones y acordamos que ambos nos acompañaríamos a inscribirnos. Como la casa Fenelón estaba más cerca de la terminal y era el lugar donde además de la preparatoria uno se

encontraba la Rectoría del Instituto de Ciencias y Letras del Estado de Nayarit, decidimos ir primero a ese lugar. Mi presencia allí era totalmente circunstancial. Sin embargo al llegar a la ventanilla y pedírseme mis documentos para darme la orden de pago, mi decisión de estudio cambió y finalmente concluí el trámite de inscripción a la escuela preparatoria número uno de Tepic.

Aquellos sueños de ser profe y aquellas preocupaciones de ser reprimido por las fuerzas del orden se esfumaron sin darme cuenta. Ante tal decisión de ser bachiller en lugar de normalista, habían surgido dos problemas fundamentales: Dónde hospedarme y dónde trabajar para complementar lo que mi madre me mandaría.

*Tercera travesía:
Fe, ciencia y política*



Al tiempo que estudiaba la preparatoria, no obstante que yo era un joven adulto, las cuestiones políticas estaban fuera de mis preocupaciones y ocupaciones. Como buen mexicano, me identificaba con lo místico, con lo teológico, con lo cristiano. Pro-

venía de las filas de la Acción Católica de la Juventud Mexicana. Mi Fe me llevaba a creer en los espíritus, en la eternidad de las almas y en la trasmutación de ellas pero solo entre los humanos. Fiel a mis creencias cristianas me mantuve “casto de pensamiento”. En una ocasión se me ocurrió decirles a los jóvenes de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana lo que mi maestro de biología, el profesor Sebastián Rendón nos dijo en clase: los dogmas no son ciertos porque no se tiene evidencia de ellos. Lo único cierto es la ciencia. Y por lo tanto, los misterios de la Iglesia en cuanto dogmas, no son ciertos.

Tras esa atrevida exposición en una reunión con los integrantes de la Academia de la Juventud Católica, el mundo se me vino encima. Me dijeron muchas cosas que mi entender no descifró. Para mí la acusación más grave fue la de ser miembro del Partido Popular Socialista, PPS por sus siglas. De dicho partido lo único que sabía era que algunos

profesores como José Santos González Gallo, los hermanos Nava Rojas y otros eran fuertes militantes. No tenía ni la más remota idea de lo que significaba el Socialismo, mucho menos de sus progenitores Carlos Marx y Federico Engels. Mi mundo se circunscribía a la asistencia a misa todos los domingos, a preparar los festejos de San Miguel Arcángel, patrono de Tuxpan, a hacer ejercicio en el local de la ACJM, a trotar y darle vueltas al estadio de beisbol de nombre Lorenzo López Ibáñez, etc. Yo era un típico joven provinciano, sano y con gran dosis de ingenuidad. La maldad y la malicia todavía no llegaban a mí. La maldad del mundo la conocí mucho después.

Al llegar a la preparatoria y con la escasa cultura que poseía, no pasó mucho tiempo sin que mis pensamientos antiguos y nuevos chocaran, entrarán en conflicto. Pero a la vez, mis nuevos pensamientos surgen en medio de las más radicales confrontaciones en el ámbito social. Tuvimos la cla-

se de Filosofía. El titular de la materia era el médico Pedro López Díaz, quien aspiraba a ser filósofo. Posteriormente cumplió su meta. En la UNAM se graduó desde licenciatura hasta el doctorado en Filosofía. Pero en 1962 era un simple aspirante a filósofo. Sus clases estaban influenciadas por el tomismo, por la filosofía tomista. Como quien dice, estábamos venditos. Santo Tomas de Aquino había cristianizado al filósofo griego Aristóteles y a través del profesor López Díaz nos cristianizó a nosotros los preparatorianos. Pero cerca de la “casa Fenelón”, en la esquina de las calles Amado Nervo y Zacatecas se ubica la escuela primaria que en aquella época la denominaban la “escuela tipo”. Allí el profesor Antonio Camarena era el director. Y parece ser que en el tiempo en que yo cursaba mi primer año de preparatoria los profesores Sabino Hernández Téllez y Raúl Rea Carvajal habían organizado un círculo de estudio de filosofía.

En la preparatoria coincidimos Francisco Javier Sandoval Torres y yo. Allí nos conocimos e hicimos una buena amistad. Pancho se desenvolvía como pez en el agua en estos asuntos de las luchas contestatarias y círculos de orientación marxista. Él fue quien me invitó a asistir a los cursos filosóficos de la escuela tipo. Allí conocí al capitán Mario López Sánchez, al profesor Sabino Hernández Téllez, al profesor Raúl Rea Carvajal y a muchos otros connotados ideólogos del PPS.

En el círculo de estudios filosóficos llevamos por texto el libro de George Politzer. La dinámica de estudio consistía en exposición de un tema por alguien predeterminado y se habría un espacio de discusión sobre lo expuesto. Se hacían las discusiones tan enconadas que nos pasábamos varias horas discutiendo. Como mi cultura filosófica era escasa, me pasó lo que antes me había pasado en la Asociación Católica de la Juventud Mexicana de Tuxpan. Queriendo sorprender con mis clases de

filosofía, yo sacaba mis enseñanzas filosóficas to-
mistas y las exponía en el círculo de orientación
marxista. La respuesta era inminente. Me apabu-
llaban con las recetas del manual y, al igual que
en la ACJM, ese recetario lo convertían en dogmas.
Lo grave del asunto fue que nunca leyeron las
obras de Marx, Engels y Lenin o cualquiera de los
marxistas clásicos.

Al tiempo mi amigo Francisco Javier Sando-
val Torres me invitó a participar en la Juventud
Comunista. Cabe aclarar que si no comprendía el
significado del Socialismo, menos entendería el del
Comunismo. Sin embargo me tranquilice cuando
alguien me dijo que el comunismo se había querido
implementar por primera vez en la “Ciudad de
Dios”. Eso fue suficiente para que sin entender de
qué se trataba, abrazara la idea del comunismo.
Al poco tiempo Pancho me presentaría a quien se-
ría otro gran amigo, al profesor Blas Zamudio
Vidal.

A la sombra de Blas y de Pancho pude enterarme de la existencia de la revista de la URSS. En ese momento no imaginé que en el futuro yo saldría hasta en la portada de tal revista.

A través de Blas conocí a los profesores Ernesto Flores Cobos, Jesús Pinzón, Severiano Ocegueda, Rosalío González y Fermín Benítez. Todos ellos destacados luchadores sociales y miembros del Partido Comunista. No paso mucho tiempo sin que me invitaran a participar en el Partido Comunista Mexicano que Arnoldo Martínez Verdugo dismanteló.

Antes, la preparatoria tenía una duración de dos años. Todavía no culminaba el primer año cuando Pancho me hizo la pregunta si tenía resuelto el financiamiento de mis futuros estudios. Mi respuesta fue negativa porque hasta ese momento no sabía dónde estudiar y cómo sostenerme.

Hacía poco tiempo que había arribado al gobierno del Estado el Dr. Julián Gascón Mercado. Su gabinete estaba conformado por destacados nayaritas que en su momento tuvieron que emigrar de la entidad para prepararse profesionalmente. Entre ellos recuerdo a Jorge Hernández Moreno, José Luis Flores de los Ángeles, Juan Mártir Peña, mi primo Adolfo López Romero, Vicente Zuno Arce, Mario López Sánchez y muchos otros. Por mi primo entré a trabajar al departamento de catastro con el Ing. Ramón López Langarica. Y de esa manera complementaba el costo de mi estancia en Tepic.

Pero, ¿cómo le haría en el futuro? Ese era un gran problema a resolver. De suerte que Pancho había puesto el dedo en la llaga. Y de alguna manera traía la solución. Me dijo que a través de la revista de la URSS se había enterado de la existencia de becas para estudiar en la extinta Unión Soviética. No supo precisarme todo lo relacionado con la beca pero esa información me bastó para

sentir certidumbre en mis ulteriores estudios. Me preguntó si aceptaba que él hiciera el trámite, a lo cual yo accedí de inmediato. Y dicho y hecho: llené una solicitud que Pancho se encargó de enviar a alguna oficina para mi desconocida.

Transcurrieron los días, las semanas, los meses y el año. Nunca más supimos de la gestión de la beca. Iniciamos el segundo año de la preparatoria y seguíamos ignorando el resultado de la solicitud de beca. En ese entonces ya me había puesto al tanto de algunos problemas sociales. Los cursos de la filosofía de Politzer no habían servido pero tuve que complementarlos con otras lecturas de los clásicos y de sus divulgadores.

La realidad nayarita era mucho más rica y compleja que las recetas filosóficas y manualescas. Mi juventud me permitía abusar de las capacidades que la naturaleza gentilmente me concedió. Viví a plenitud esa etapa de mi vida, y aunque

seguía sin entender los fenómenos sociales, dediqué gran parte de mi tiempo a la lucha social. Hasta los trabajadores del ingenio de Puga que se habían puesto en huelga recibieron la solidaridad de varios jóvenes entre los cuales estaba yo.

Así transcurrió el tiempo hasta la culminación de la preparatoria. Y cual va siendo mi sorpresa que un día antes de la fiesta de fin de curso me llega un telegrama que a la letra decía: “presentarse en la embajada de la URSS a tramitar su VISA porque el 21 de agosto sale en un vuelo de la línea airfrance con destino a Moscú”.

Cuarta travesía:

Moscú



Era a mediados de julio cuando recibí la noticia, mi partida. La fecha estaba marcada para el 21 de agosto. No quedaba mucho tiempo para realizar los trámites. Pero había dos problemas por resolver. Uno consistía en darle la noticia a mi

madre, Doña María Isabel Romero Astorga. Y el otro sufragar los gastos de la tramitología.

Hasta ese momento yo no tenía conocimiento geográfico de la URSS ni mucho menos del significado de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas. Eso me valió para que con la frialdad de la ignorancia pudiera llegar a Tuxpan y decirle a mi madre que me acaban de otorgar una beca para estudiar. Como es lógico ella me pregunta que en dónde voy a estar becado. Y la respuesta es simple: a la URSS. Inmediatamente le digo: “pero no se preocupe porque cada mes estaré viniendo a verte”. Eso la tranquilizó y me dio serenidad a mí. Yo no sabía mucho sobre la URSS salvo que circulaba una revista con su nombre. Y mucho menos sabía dónde se encontraba. Mi madre sabía menos que yo sobre la Unión Soviética. Por eso ambos nos quedamos tranquilos con mi propuesta de visitarla cada mes. De regreso a Tepic comenté con mis amigos comunistas mi idea de venir a Tuxpan cada

fin de mes a visitar a mi madre. Sorprendidos por lo que había dicho se me quedan viendo y me preguntan si sabía dónde se encontraba Moscú. Mi respuesta fue negativa pero les pedí me mostraran el lugar geográfico de su ubicación. Me llevaron a un mapa del mundo y hasta en ese momento cobré conciencia de la distancia tan grande que separaba a Tepic de la URSS. Poco faltó para que rechazara la oferta de la beca. Pero como mi destino me había jugado bromas pesadas en el pasado, decidí aventurarme e ir a tierras muy lejanas.

Por ese tiempo yo trabajaba en el departamento de catastro. Allí encontré grandes amigos y amigas, recuerdo con especial afecto al ingeniero Jesús González Mojarro. Mi lugar en los puestos de trabajo no se significaba por ser de alta jerarquía. Yo lo consideré dentro de la escala laboral como de oficial administrativo o de “office boy”. Sin embargo el ser primo del Tesorero del Estado me abría las puertas de las demás oficinas. Así fue

como un día se me ocurrió plantearle al gobernador, el Dr. Julián Gascón Mercado, mis necesidades de financiamiento para trasladarme al DF a realizar los trámites para mi viaje a Moscú. Acto seguido, me dirigí a la oficina del secretario particular de gobierno, del sociólogo Jorge Hernández Moreno, a demandar una audiencia con el titular del poder Ejecutivo de Nayarit. Hasta ese momento yo ignoraba que Jorge había obtenido sus grados académicos en las universidades de EEUU. Quizás por eso su primera intención fue desanimarme del viaje a la URSS. Pero mi conciencia ya había evolucionado y mi decisión estaba tomada: iría a Moscú a estudiar. En ese forcejeo de conciencias me preguntó sobre la carrera que había elegido. A decir verdad no tenía idea de que podía estudiar. Pero en el “círculo de la escuela tipo” había leído uno de los manuales clásicos, la Economía Política de Niquitin. De allí me agarré para hablarle sobre la “Carrera de Economía” y de las “leyes del capitalismo”. Seguramente pensó que como mi primo

era un connotado economista, me había influenciado para seguirlo en su profesión.

Por fin desistió de su intento y consultó al gobernador sobre mi caso. La respuesta fue inmediata. Me pase al salón donde hoy se hacen las reuniones y donde aparece la galería de los gobernadores. Allí encontré al gobernador sentado tras un escritorio. Le planteé mi asunto financiero e inmediatamente me respondió. “Has hecho una muy buena elección de país. Allí vas a aprender lo que en otro lado no encontrarás. Es la sociedad del futuro a la cual tú vas. Y cuenta con todo mi apoyo para tu ida. Si es necesario podemos hablar a la embajada para agilizar los trámites”. Ante tanta solidaridad, lo único que atiné a decirle fue que le agradecía de antemano su generosidad y que a mi regreso me dedicaría a servir a los nayaritas. Seguro que no me creyó pero estoy cumpliendo con esa promesa.

A los becarios nos habían citado cierto día en la “Casa de la Amistad México-URSS”. Allí llegué como pude. Mi conocimiento de las ciudades de Nayarit era deficiente. Aunque nació en Tepic y corto tiempo de mi niñez lo viví en Santiago Ixcuintla, la mayor parte de mi niñez y mi adolescencia la pase en Tuxpan. Era tanta mi ignorancia de Tepic que cuando me trasladé a la capital del Estado de Nayarit a estudiar la preparatoria, frecuentemente me perdía. Como quien dice, yo era un rural. Así que ir al Distrito Federal era una locura.

Sin embargo la intrepidez de la juventud por no decir una palabra altisonante, me empujaba a la aventura. Y en ese contexto acudí a la cita de los becarios. Lo bueno es que encontré un taxista que antes de llevarme a la colonia Roma me paseó por todo el DF para que lo conociera. Al final cobró lo que cobra cualquier guía de turista. Ya en la Casa de la Amistad México-URSS y en la reunión

de los becarios supe que solamente veintinueve jóvenes mexicanos iríamos a Moscú en la Universidad Amistad de los Pueblos de nombre Patricio Lumumba. Nos dieron toda clase de información sobre el trámite de la VISA, la obtención del pasaporte, el vuelo y todo lo que se nos ocurría. Seguimos las instrucciones, las indicaciones y todo quedó listo para la partida.

Llegó el día en que el avión me trasladaría a París para allí transbordar al avión que me llevaría a Moscú. Los franceses tienen dos aeropuertos: uno es de occidente y el otro es de oriente. Por lo menos esa fue la interpretación que le dimos los que íbamos a Moscú. Llegamos a un aeropuerto y por tierra nos trasladaron al otro aeropuerto. Llegamos en airfrance y nos subimos a un aeroflot.

Antes de la partida llegamos al DF varios de mis familiares, amigos y mi madre. A nosotros se nos incorporaron otros familiares y nayaritas que

estaban estudiando en el Instituto Politécnico Nacional y en la Universidad Nacional Autónoma de México. Hubo una especie de maratón sobre bebidas embriagantes. Y no era para menos. En mi vida me había subido a un avión. Y estaba a menos de 24 horas para abordar uno que me llevaría al fin del mundo. En esos momentos dimensioné la osadía mía. Estuve a punto de no ir, de “rajarme como los buenos machos”. El alcohol me ayudó a no desistir y a subirme al avión. Desde ese momento fue mi aliado en las grandes proezas de mi vida y por él conocí Helsinki.

El vuelo a París, y de allí a Moscú se realizó sin incidentes. Para mí todo era novedad. El avión, las escaleras eléctricas y esas cosas de la modernidad que seguramente tenían que ver con “Lucifer”, el enemigo de “San Miguel Arcángel”. Y aunque no nos conocíamos los que íbamos, varios jóvenes mexicanos estaban en la misma situación mía. Por fin llegamos al aeropuerto de Moscú y baja-

mos de aeroflot. Allí nos esperaba una delegación de estudiantes mexicanos de la Universidad Amistad de los Pueblos, de nombre Patricio Lumumba. Allí estaban Antonio Hernández de Michoacán, Humberto González del DF y muchos otros. Eran muchos los voluntarios para hacernos sentir la solidaridad entre los mexicanos y la cercanía con el pueblo soviético. Nos sirvieron de intérpretes tanto dentro en el aeropuerto como en la Universidad. Nos ayudaron a instalarnos en las habitaciones que nos tenían reservadas. Posteriormente nos llevaron a conocer la ciudad y el metro de Moscú. Para mí todo era novedad, era un mundo nuevo. Recordé lo que me había dicho el Dr. Gascón y pensé: “estoy en la sociedad del futuro”. Con el tiempo me di cuenta que la sociedad soviética en la cual viví era una sociedad como cualquier otra con sus problemas sociales. Y aunque en Moscú si se lee a los clásicos del marxismo y en especial a Lenin, no pasó mucho tiempo para que comprendiera que en la URSS también se dogmatizó al marxismo-leninismo.

Fue cuando me preocupe porque los dogmas me persiguen. Mal salgo de unos y al rato ya estoy en otros dogmas.

Antes de iniciar los estudios universitarios nos hicieron una evaluación diagnóstica de los saberes que poseíamos para en base a ellos ubicarnos en grupos de estudio de una especie de preparatoria. Después de acreditar estos estudios pudimos ingresar al nivel de licenciatura. Debo decir que en la preparatoria número 1 de Tepic obtuve el segundo lugar en calificación. El primer lugar fue para Francisco Javier Sandoval Torres y el segundo para mí. La diferencia entre ambos era de un décimo. Pancho había sacado como promedio general un 9.7 y yo un 9.6. Ese puntaje valió para ser considerado como estudiantes sobresalientes. Pero por su parte la evaluación diagnóstica que me hicieron en la UAP “Patricio Lumumba” me situaba en saberes de la séptima clase. Fue decepcionante para mí el resultado de la evaluación pero sirvió para

que ponderara el atraso en el sistema educativo mexicano y el fracaso de la educación pública del país.

En la URSS, la escuela estaba organizada en nueve grados. Para ingresar a la Universidad había cursarlos y aprobarlos. Los nueve grados eran algo así como los seis de primaria y los tres de secundaria. El que me ubicaran en la séptima clase o en el séptimo grado inmediatamente me llevó a evaluar la educación pública en Nayarit. Me pregunté que cómo era posible que los adolescentes moscovitas alcanzaran un conocimiento superior al de los jóvenes bachilleres mexicanos. No era solamente mi caso, era el caso de todos los que íbamos en esa delegación mexicana. Fue de gran impacto saber que nuestra preparación académica estaba muy por debajo de la educación pública de la URSS.

En función de la evaluación que nos hicieron a todos los que llegamos a Moscú para ingresar en la Universidad Amistad de los Pueblos se organizaron los grupos para su nivelación u homogenización educativa. Los equipos de estudio se estructuraban con jóvenes de diferentes nacionalidades y lenguajes. Por eso en mi grupo no encontré con quien platicar en español. El único que hablaba el idioma de Cervantes era yo. Allí nadie hablaba mi idioma. Así que tuve que desarrollar la intuición y poner demasiada atención en el ruso que hablaban los maestros para medianamente entender las clases y poder comunicarme con el profesor y con mis compañeros. Por fortuna la primera materia a regularizar fue matemática. Por primera vez hice el recorrido desde la aritmética hasta la geometría analítica pasando por el álgebra y la geometría plana, en tiempo record. La maestra de matemáticas sin hablar español y dialectos africanos se hacía comprender en su curso. Quizás allí me nació la afición por la didáctica y por el uso del pizarrón

para que cada alumno aprendiera ejercitándose en él. La parte inicial del estudio de la licenciatura consistía en la regularización de los conocimientos como quien dice el llevarnos de donde llegáramos al *Salón de clases en Moscú* a la novena clase que es la clase última de los jóvenes soviéticos, para poder entrar a cualquier licenciatura.



Lo sorprendente es que los grupos de trabajo eran de no más de 9 alumnos que, en torno a una mesa nos colocábamos alumnos y maestro. De un lado los estudiantes y del otro lado el maestro o la maestra. Esta estructuración del salón de clases por si misma garantizaba la eficacia de la educación pública; aseguraba que la educación, la

enseñanza o la instrucción según fuera el caso, fuesen personalizadas. Con esa forma organizativa en los grupos educativos había un control de todos los aspectos del proceso de enseñanza aprendizaje. Cuando se requería de que hubiera alguna especie de conferencia se unían varios de estos grupos pequeños y se llevaba en un salón grande, una especie de salón de actos. Allí siempre había quien diera o desarrollara algún tema, sobre todo relacionado con la parte teórica de la materia o disciplina en curso. Esta combinación de lección como se les llamaba a las conferencias, con el trabajo en grupo pequeños era un procedimiento que garantizaba que cada uno de aquellos que estábamos estudiando, pudiéramos no solamente tener acceso a la información cuando tuviéramos dudas sino incluso nos permitía el acceso a los pizarrones cuando no supiéramos o no pudiéramos desarrollar cualquier actividad. Pero lo más importante es que servía para evaluar los desempeños educativos en el momento. Otro aspecto re-

levante es el relacionado con la aprobación del curso. La evaluación se constituía de dos momentos. En el primer momento se tenía lo que se llamaban la evaluación teórica. Esta evaluación se desarrollaba a través de la selección al azar de unas fichas de entre un conjunto de ellas. En esa ficha venía un tema y uno tenía que desarrollar oralmente el tema que te tocaba. Antes de la exposición se iba a algún sitio del salón a preparar el tema. Ya preparado se pasaba al frente a desarrollarlo; En la sala había un grupo de sinodales de maestros que estaban participando en el curso con nosotros.

Se desarrollaba el tema en su parte teórica y en caso de no satisfacer a los sinodales se devolvía a estudiar y volver a presentarse por segunda ocasión en una fecha prefijada. Para pasar al otro momento que era el examen práctico, había que aprobar la evaluación teórica. Pero para aprobar este examen se tenían varias oportunidades. El otro aspecto es que la evaluación se calificaba del

1 al 5. Si alguien sacaba un 3 y no estaba satisfecho, entonces podía volver a presentar el examen en fecha futura. Bastaba que en el momento de la evaluación expresara su decisión de volver a evaluar. En el examen práctico se daba el mismo procedimiento; había una mesa, escogíamos una ficha, la ficha traía unos problemas que primero teníamos que resolver y luego teníamos que presentar las respuestas ante la mesa. Allí se nos pedía que explicáramos lo que habíamos resuelto. Las calificaciones iban también del uno al cinco y se seguía la misma mecánica para la evaluación final. Este sistema de evaluación permitía no reprobado y a aquellos que quisieran pasar con 5 les brindaba las oportunidades requeridas. Desde allí estaba implícito todo el esquema pedagógico y didáctico de la educación soviética.

Otro aspecto educativo de relevancia es que dentro de cada una de las disciplinas de cada una de las licenciaturas se organizaban círculos cientí-

ficos estudiantiles. Los círculos de investigación científica eran círculos en donde al frente de ellos estaba un investigador de la academia de ciencia de la URSS o un profesor que era el grado máximo. Yo estuve participando en dos círculos: uno de matemáticas con Danilov que es autor de textos de matemáticas, e incluso algunos de sus libros fueron traducidos al español, y el otro círculo de desarrollo teórico político en donde estaban también otros investigadores. Con Danilov colabore en su círculo.

Incluso estuve a punto de traerlo a México pero desafortunadamente a las autoridades académicas mexicanas no le interesaron esa parte de la matemática que él trabajaba y no lo pude traer. A estas alturas ya debe de haber fallecido Danilov. También estuve en el círculo de canto. Había que desarrollar lo que hoy denominamos inteligencias múltiples. Así fue como se desarrolló en mí la parte académica en el transcurso del tiempo que estuve en la Universidad Amistad de los Pueblos, Patricio Lumumba.

Quinta travesía:
De regreso a México

Llegué al aeropuerto de Moscú acompañado de mis amigos mexicanos y soviéticos. Fueron a despedirme porque iba a hacer la travesía Moscú-Paris-Nueva York-México. Era muy común que cuando alguien viajara a su patria los compañeros connacionales y soviéticos fueran a despedirlo al aeropuerto. Por eso no resultaba extraña la presencia de jóvenes despidiéndome. Como llegamos muy temprano, nos dirigimos al restaurant-bar a departir y a beber un poco de vodka o la bebida de su preferencia. El tiempo pasó sin que nos diéramos cuenta. La charla y el entusiasmo nos tenían absortos. Las bebidas enardecían la comunicación entre nosotros. Cuando alguien con lucidez recuerda que tengo que partir a México. Pagamos lo que habíamos consumido y nos dirigimos a los mostradores por donde tenía que pasar para docu-

mentar mi equipaje y recibir el pase de abordar. Y ¿Cuál fue la sorpresa? Que el avión en el cual iba a viajar ya había partido. Como buen mexicano obnubilado por el alcohol me puse necio. Quería volar en ese instante a México. Los jóvenes del komsomol, esto es, los jóvenes soviéticos de la organización juvenil del Partido Comunista de la Unión Soviética que me acompañaban quien sabe que arreglos hicieron por allí que me dicen: “ya está todo arreglado”. Me acompañaron a la pista y me subieron en un avión. Pasó poco tiempo en relación con el tiempo que se hace en vuelo de Moscú a París, cuando anunciaron que el avión ya iba a descender. Pregunté a la aeromoza por qué se estaba diciendo que el avión ya iba a descender, y ella amablemente me contestó que porque ya habíamos llegado. No lo podía creer.

Me imaginé que los soviéticos habían construido un avión ultra veloz que en tan corto tiempo podía volar de Moscú a París. Sin embargo pre-

gunté: “¿A dónde llegamos? La respuesta fue lacónica: A Helsinki. Replico: “Pero si yo voy a París, por qué llegué a Helsinki”. Le expliqué a la azafata que traía todos los boletos y documentos que acreditaban mi viaje de Moscú a México vía París. Ella al igual que yo no entendía por qué se había dado esa situación.

Una vez en tierra el otro problema era explicarle a quienes estaban en la aduana la circunstancia de mi estancia en Helsinki en lugar de Paris. Todavía mareado por los alcoholes les conté en ruso la historia de 3 horas atrás. Les expliqué el porqué de mi estancia en Moscú y porque hablaba ruso como los rusos siendo mexicano. Les comenté que mis amigos del Komsomol me habían subido al avión de la línea Aeroflot con destino a Helsinki. Los de la aduana de Helsinki fueron a la línea aérea Aeroflot a comprobar mi dicho. Quien sabe que arreglos tendrían que regresaron con la instrucción de enviarme a un hotel. Además me dije-

ron que tenía que esperar de cuatro a cinco días para mandarme en un vuelo a Nueva York porque ellos no volaban a París. Sin embargo no me quitaron mis boletos y me dijeron que no me preocupara, que Aeroflot cubría todos los gastos, tanto de mi estancia como de mi vuelo. El problema estaba aparentemente resuelto, solo que me inquietaba que mis dos boletos, Moscú-París y París-México vía Nueva York no me los hubieran recogido ni me hubieran dado el boleto Helsinki-Nueva York.

Salí de con el personal de la Aduana y traté de comunicarme en ruso con la gente. Yo solamente hablaba español y ruso. Pero me habían dicho que en Helsinki nadie hablaba español, motivo por el cual hablé en ruso. Me resultaba lógico que siendo un país colindante con la URSS hablaran ruso. Sin embargo me di cuenta que cuando escuchaban el ruso se molestaban. Les comuniqué que soy mexicano y que circunstancialmente me encuentro en su país, pero que además yo solo hablaba ruso y es-

pañol. Les pregunté si había alguien que hablara el español y nadie me contestó. En un ruso antiguo un anciano me dijo que no hablara en ruso en Helsinki porque ellos eran una comunidad rusa que se había independizado. Que allí odiaban a los rusos. Me recomendó que hablara en español aunque no me entendieran. Empecé a hablar en español y nadie me entendió.

Me trasladaron a un hotel con la recomendación de que no saliera a la calle ni que hablara en ruso. Había que esperar la aparición de alguien que hablara español. Prácticamente estaba secuestrado en el hotel. Si acaso di la vuelta a la manzana con cierto temor fundado en que fueran a creer que yo era de nacionalidad rusa.

Como al cuarto día alguien me habla por teléfono. Era la voz de una dama que estaba empezando a estudiar español y que la habían contratado para que me dijera que al otro día habría

un vuelo a Nueva York. Que no me moviera del hotel. Por el costo de mi estancia en el hotel no hubo problema. Aeroflot asumió los gastos.

Por fin llegó el día de mi partida hacia Nueva York. Fueron por mí al hotel y me trasladaron al aeropuerto. Allí esperé un poco y me subieron a un avión de la línea "Airhelsinki". Me acomodé en el asiento, me abroché el cinturón e iniciamos el vuelo por el casco polar rumbo a Nueva York. Al pasar por el casco las alas del avión se empezaron a congelar. Surgió el temor de que se congelara todo el avión y cayéramos. No pasó nada, cruzamos el casco polar y llegamos a Nueva York.

Cuando llegamos al aeropuerto el agente aduanal revisó mis papeles y de inmediato se dio cuenta de la existencia de una serie de incongruencias. Traía boletos de Moscú-París, de París-México vía Nueva York y llego en un vuelo Helsinki-Nueva York sin boleto. Lo primero que me dijo

en español es que yo era agente de la KGB, que era un espía de la Unión Soviética. Semejante acusación la negué terminantemente. En seguida me preguntó el por qué traía una documentación que no acreditaba el vuelo Helsinki-Nueva York. Con bastante coraje me mostraba los boletos de mis vuelos Moscú-París y París-México con escala en Nueva York. Me decía que eso mostraba que yo era agente de la KGB y espía soviético. Se entabló una discusión y yo les explicaba lo contenido que estábamos en el aeropuerto de Moscú paladeando bebidas embriagantes y que ese había sido el motivo de que me mandaran primero a Helsinki en lugar de a París. Los de la aduana no me creyeron todo lo que les explicaba y me quisieron pasar al pasillo amarillo. Nunca supe que significaba pasar por el pasillo amarillo. El alegato de mi inocencia se veía ensombrecido por los gritos de los agentes aduanales acusándome de espía soviético y agente de la KGB. Todos mis argumentos decían que eran patrañas para encubrir mis servi-

cios de espionaje. Por lo acalorado de la discusión se juntó una cierta cantidad de espectadores. Y en eso estábamos cuando vi pasar a un negrito que seguramente era latino pero no mexicano. Vi que se paró detrás de mí a escuchar la discusión. Cuando insistieron en llevarme al pasillo amarillo el negrito mostró expresiones de enojo. Yo traía una maleta y la había colocado sobre el piso. De pronto el negrito agarra mi maleta y me grita: “ven, corre, sígueme”. El negrito corrió con mi maleta, yo corrí detrás de él y los agentes aduanales corrieron detrás de mí gritando: Deténgalos! Deténgalos! Yo no sabía a dónde me llevaba el negrito pero me imaginaba que a un lugar seguro. Me encomendé a Dios y al negrito. De repente el negrito llega al hangar de Aeroméxico y se mete corriendo. Tras él entré yo también corriendo. Los agentes ya no entraron al hangar. El negrito les explicó a quienes se encontraban en el hangar lo que había visto y escuchado. Esas mismas personas se acercaron a mí a preguntarme lo que había sucedido. Yo

les conté toda la historia del viaje y de la despedida. Me hicieron más preguntas. Querían saber qué hacía yo en la Unión Soviética. Los puse en antecedentes de mi estadía en la Universidad Amistad de los Pueblos, Patricio Lumumba. Tras el breve interrogatorio de pronto se alejan de mí y se recluyen en una oficina. Seguramente corroboraron mi identidad vía telefónica o quizás por algún otro medio para mí desconocido. De pronto se apareció un señor y me dijo:” venga, sígame”. Yo tomé mi maleta, lo seguí y llegamos a un avión de la línea Aeroméxico. Se paró, se volteó hacía mí y me volvió a dar instrucciones: “se va a subir a este avión y no se vaya a bajar. Ahí va a esperar. Este avión sale dentro de ó horas y usted no se va a bajar pase lo que pase”. Me subí al avión y sólo me quedé durante ó horas. Durante ese lapso de tiempo pensé, recapitule mi vida y dormí. De pronto empezaron a mover el avión, lo acomodaron y empezaron a subir los pasajeros. Entramos a la pista, despegamos y volamos hacia la ciudad de

México. Llegamos al aeropuerto mexicano un 14 de febrero. Me bajé del avión con mi maleta y mis cosas y me dispuse a pasar por la revisión. Me vio un señor uniformado, me indicó que saliera de la fila y me dijo: “pásele”. No solo no hice fila, sino que no me revisaron. Seguramente estaban enterados del relajo que hice en Nueva York. A la salida me estaba esperando mi madre. Nos fuimos a descansar y después nos dirigimos a la ciudad de Tepic. Ese fue mi último arribo a Nayarit procedente de Moscú.

Sexta travesía:

Familia



Todo empezó cuando yo estudiaba la secundaria. En la secundaria nocturna Melchor Ocampo estábamos en el mismo salón y en el mismo equipo de estudio María Guadalupe Cervantes

Cabrales. Y en ese periodo de tiempo pero en la secundaria diurna estaba Olegaria Avedoy Corona. Yo pretendía a Olegaria que debió de haber tenido unos 14 años de edad. Mi relación con los estudiantes de la secundaria federal diurna obedecía a que yo era el sargento de su banda de guerra y de alguna manera su instructor de banda. Sin embargo cierto día el maestro de biología de la secundaria nocturna me invitó de compañero para acompañar a dos alumnas suyas las cuales eran del equipo de estudio, a platicar en el malecón de Tuxpan. No tuve inconveniente en acompañarlo. Y una de sus alumnas era María Guadalupe. En esos encuentros estrechamos más nuestra amistad y nos hicimos novios. Por su parte el papá de Olegaria le había prohibido cruzar palabra conmigo. El noviazgo con Lupe duró el tiempo suficiente como para casarme con ella en un viaje que di a Nayarit siendo estudiante de la Universidad Amistad de los Pueblos "Patricio Lumumba", de la URSS. Nuestra ceremonia nupcial fue en secreto y

nos casamos solamente por el civil. De regreso a Moscú mantuve una estrecha relación amorosa con mi esposa pero a través del correo ordinario. Sus cartas duraban como 8 días en llegarme, cuando no hasta más. Y así estuvimos hasta que regresé. Al verla mi sorpresa fue que tenía un embarazo de 7 meses. Ese fue el motivo por el cual nos divorciamos.

Al regresar de Moscú y vivir en Tepic yo me hospedé en una casa de asistencia de mi pariente María del Carmen Cisneros Villela. Allí mismo estaba hospedada Olegaria Avedoy Corona que se había graduado de enfermería y trabajaba en la clínica del IMSS. María Guadalupe y Olegaria fueron de la misma generación en la escuela de enfermería. No solo se conocieron, sino que fueron amigas. Por eso le conté a Ole lo que me había sucedido con Lupe. Nos hicimos grandes amigos Ole y yo al grado que nos acompañábamos cuando se trataba de ir a Tuxpan los fines de semana

a visitar a la familia. Esa cercanía despertó en mí la antigua pretensión de tener con ella un romance. Y así sucedió un buen día. Al poco tiempo nos casamos y llegaron los hijos, Sophía, Pavel, José Octavio, Liudmila, Vladimir, Ivan y Nayara.

Ya de casados la convivencia con Olegaria no fue del todo natural. Durante algún tiempo me persiguió mentalmente el desencuentro con María Guadalupe. Sin embargo Ole y yo aguantamos las crisis matrimoniales. Aprendí de mis experiencias y de pláticas con adultos mayores que existe cierta periodicidad en la aparición de tales crisis. Sin embargo esos periodos críticos no afectaron mi reproductividad, pues procreamos a 7 hijos.

Séptima Travesía: Frente de Defensa Popular

Una vez que hube retornado a Tepic, tuve que reorganizar mi vida. El tiempo que estuve en Moscú fue suficiente para desarraigarme. Ya había pasado mi etapa estudiantil y me encontraba sin trabajo. Estando en Moscú me invitaron a trabajar en Kenia, un país africano. Decliné por el temor de ser el manjar de alguna tribu antropófaga. En el Distrito Federal la vida era muy agitada y de mucha tensión. Nunca estuve más de 2 semanas en esa ciudad. Moscú era apacible en relación con el D. F. Y en Nayarit el tiempo corría más lentamente y la sociedad era amigable. Por lo tanto la decisión lógica para vivir era Nayarit, y dentro de la entidad, la ciudad de Tepic. Pero además en Tepic estaban mis amigos, mis compañeros de lucha, mis conocidos de las organizaciones sociales y políticas. En una palabra, estaba mi mundo.

Ya en la ciudad de Tepic me dediqué a buscar a los conocidos y amigos. Al primero que localicé fue a Rosalío González. Él vivía por la calle Abasolo entre las calles P. Sánchez y Ures. Vivía en un modesto cuarto de una modesta privada. Localicé a mis viejos compañeros del periodismo, a los hermanos Emilio y Manuel Valdez, a Francisco Cruz Angulo. Por cierto un día que venía de visitar a Rosalío en su casa, al pasar por el Jardín San Román, ese que estaba frente al edificio de Palacio de Gobierno, del edificio de la Logia masónica salieron unos gritos mencionando mi nombre. Volteé y alcance a distinguir a los hermanos Valdez y a Pancho Angulo. Me informaron del conflicto entre los masones y de su decisión de tomar la preparatoria del Nayar que allí operaba. Enseguida me ofrecieron la oportunidad de impartir clases de matemáticas en la preparatoria. Mi respuesta fue afirmativa y al día siguiente yo ya estaba en las instalaciones de la preparatoria listo para iniciar mi labor docente. El movimiento estudiantil en nada

afectó mi desempeño como maestro. A las autoridades de la escuela les pedí el programa de estudio. Me indicaron que era el mismo de las preparatorias de la UNAM y que lo podía obtener de una publicación de la universidad en la cual venían todos los programas de estudio de todas las escuelas y facultades universitarias. Sin el programa de la materia se me informa que voy a impartir la disciplina del álgebra. Acto seguido se me informa que se trata del álgebra superior. Hubo desconcierto por la flexibilidad con que se estaba tratando la asignatura y a lo más que atiné a preguntar fue si podía empezar con la teoría de conjuntos. La respuesta afirmativa me desconcertó aún más. Me daba la impresión que no se estaba tratando adecuadamente el asunto de mi labor de docente de matemática en el primer grado de la preparatoria del Nayar. Sin embargo me puse de acuerdo con los alumnos para iniciar al siguiente día mi curso de álgebra superior.

Empecé mi carrera docente con la teoría de conjuntos. Tuve una audiencia de personas de distintas edades, de distintos estatus sociales y de diferentes motivaciones educacionales. Por la edad había jóvenes de menor edad que yo, de mi misma edad y de mayor edad que la mía. Esa disparidad en edades era mi primer reto a vencer. Aunque estemos por la igualdad en general y por la igualdad de género en particular, la realidad es desigual en la configuración de los cerebros de los hombres y las mujeres así como en la plasticidad cerebral entre los distintos años de vida. La corteza prefrontal del cerebro se termina de desarrollar hasta los 18-20 años de vida. Por lo tanto, esta diversidad de la realidad exige por lo menos una variedad de didácticas según los casos, los géneros y las edades. Yo no había leído a Vigotsky y sin embargo realicé mi práctica docente dentro del amplio Enfoque Histórico Cultural.

Avancé en mi curso y de pronto me di cuenta que tenía visitantes en el salón de clases. Eran personas mayores de aspectos respetables quienes se presentaron ante mí como profesores de matemáticas en las secundarias y me pidieron autorización para estar presentes en el curso de teoría de conjuntos. Allí comprobé el atraso de la educación matemática en Nayarit. Hasta ese entonces en la entidad no se hablaba de conjuntos, mucho menos se enseñaban. Prácticamente fui pionero en el tema de los conjuntos.

Cierto día que salía del edificio de la preparatoria del Nayar, después de mis clases de matemáticas, me encontré a Rosalío González quien iba pasando por el Jardín San Román. Nos saludamos y me invitó a ir a platicar con el Indio Hermosillo quien vivía en su casa ubicada en la esquina las avenidas Insurgentes y México. En el trayecto me explicó que el gobernador estaba cobrando un impuesto de 2 pesos por metro lineal para em-

bellecer el primer cuadro de la ciudad de Tepic, cosa ellos no apoyaban y estaban en contra de ese cobro. Cuando Llegamos a la casa del Indio Hermosillo Rosalío se justificó diciéndole que acababa de llegar de la URSS y que como sabía matemáticas me había invitado para que los ayudara a calcular. Nos pasó a un cuarto anexo a su casa y el indio Hermosillo, Rosalío y yo iniciamos un interesante diálogo sobre la Unión Soviética. Al rato llegó un paletero cuyo nombre no recuerdo y dio inicio la reunión para tratar el asunto del impuesto y del decreto correspondiente. El paletero informó que ya había hablado con los habitantes de su colonia y que todos ellos estaban de acuerdo en no pagar dicho impuesto.

El Indio Hermosillo sugirió invitarlos a una reunión en el mismo local 8 días después de la fecha actual. Prácticamente esos fueron los acuerdos de ese encuentro. Una semana después se llenó el cuarto con una veintena de visitantes. Debatimos el

no pago del impuesto y la forma de cómo nos organizaríamos. Nos volvimos a convocar allí mismo pero con el compromiso de que cada quien llevaría a otro invitado. A los siguientes 8 días ya no cupimos en el cuarto. Rosalío informa que yo trabajo en la preparatoria del Nayar y que allí hay suficiente espacio. Entonces se tomó el acuerdo de trasladarnos al edificio de la preparatoria que era el mismo de la masonería. Efectivamente allí cupimos y desde ese momento ese lugar fue la sede del Frente de Defensa Popular. El rector de la Universidad Autónoma del Nayar era el Dr. Luis Navarrete Zúñiga, quien se había significado por ser un luchador social, un profesionalista humanista, un altruista, un académico y un padre ejemplar. Su extraordinaria sensibilidad le permitió establecer de manera inmediata una relación empática con los colonos, lo cual permitió considerar a la preparatoria del Nayar como el eje central del movimiento de inconformidad. A las reuniones del Frente de Defensa Popular asistieron además de los

colonos, estudiantes de la preparatoria, estudiantes de las normales, estudiantes de la universidad de Nayarit, periodistas, la Unión Nacional Sinarquista, profesores de las secciones 49 y 20 del SNTE, etc. Se constituyó un comité coordinador, y fuimos a las colonias a formar los comités de colonia. La organización era tan eficaz que cada 8 días hacíamos reuniones en la plaza principal, frente a catedral, de no menos de 3,000 personas. Nos enfrentamos a todas las formas de organización oficial y al lado de los colonos los vencimos. El desgaste del gobierno fue tan grande que optaron por reunirse con nosotros para llegar a acuerdos. El triunfo del movimiento se dio cuando el gobernador Roberto Gómez Reyes aceptara que los colonos no pagaran el impuesto de los 2 pesos por metro lineal del frente de su casa. Para ese entonces ya se estaba en las proximidades de las campañas electorales y Alejandro Gascón Mercado se lanzaba como candidato a presidente municipal de Tepic, por el Partido Popular Socialista. Muchos

integrantes del Frente de Defensa Popular se unieron a la campaña de Alejandro y finalmente lo llevaron al triunfo electoral, haciéndolo presidente municipal de la capital del Estado de Nayarit.

Octava travesía:

La UAN

Después del movimiento del Frente de Defensa Popular me recluí en la Universidad Autónoma del Nayar para cumplir a cabalidad con mi función de docente. Vivía para la docencia y de la docencia vivía. Así estuve viviendo un tiempo hasta que un día en el café Diligencias Jorge Nájera me hizo la propuesta de trabajar en la tesorería del Estado cuyo titular era Salvador Iñiguez Castillo. No me eran desconocidos los funcionarios o colaboradores del gobernador Gómez Reyes. Algunos habían sido personal de confianza del gobernador Gascón Mercado. Otros fueron connotados integrantes de la clase política. Y ninguna fue desconocido para la comunidad tapicense. Así que no me costó mucho esfuerzo decidirme a trabajar con un destacado economista egresado de la universi-

dad de Guadalajara. Al tiempo me mandó llamar el gobernador Roberto Gómez Reyes. De primera intención pensé que hasta ese momento yo trabajaría en su gobierno pero me equivoqué, fue todo lo contrario. Estuvimos charlando de todo, de su estancia en la normal rural de Ayotzinapa cuando siendo militante de las juventudes comunistas se le ocurrió arrear la bandera nacional para en su lugar izar la bandera de huelga, cosa que sus enemigos políticos usaban frecuentemente en su contra. Y de pronto vino un reclamo. No nos perdonó a los militantes del Frente de Defensa Popular que el día del cumpleaños de su esposa hubiéramos ido a su casa a protestar y de paso a acabar con la fiesta que había. Fue tanta la empatía que desarrollamos ambos que en cuanto podía me citaba para continuar nuestras sesiones de crítica y de autocrítica. En una de esas ocasiones me invitó a integrarme al cuadro de docentes de la universidad de Nayarit, a lo cual acepté de inmediato. No sé con quién habló que de inmediato me integraron

en el equipo del ingeniero Ricardo Vidal Manso. Por cierto para mi jubilación desconocieron ese tiempo de trabajo universitario porque no tenía evidencias y oficialmente consignaron la fecha de mi ingreso a la universidad como el primero de septiembre de 1975 y la escuela de economía primero y después el programa de matemáticas, como mis centros de trabajo.

Estando laborando en la escuela de economía y siendo director de la misma Raúl Pérez, rector de la universidad Javier Germán Rodríguez Jiménez y gobernador Rogelio Flores Curiel, el último día de gobierno de Rogelio que por cierto cayó en quincena, no aparecí en la nómina universitaria. Por fortuna yo había ejercido varios oficios entre los cuales se encontraba el de periodista. Al siguiente día sin ningún centavo en la bolsa acudo con mis conocidos en busca de trabajo. En esas circunstancias llegué con Marco Antonio Casillas, comerciante que lideraba a un equipo de comercian-

tes de la entidad y que además tenía bajo su responsabilidad al periódico La Voz de Nayarit. Comenté con él mi situación y de inmediato recibo la oferta que me vaya a trabajar al periódico. Al segundo día de despedido de la universidad yo ya estaba vendiendo La Voz de Nayarit en las calles. En corto tiempo me hice cargo de todo el proceso periodístico y ese órgano informativo se volvió tribuna de todas las expresiones ideológico-políticas y fuente de empleo de muchos conocidos y amigos.

Para ese entonces yo albergaba la idea de la represión del gobierno de Emilio M. González por los diferendos que habíamos tenido cuando el Frente de Defensa Popular.

Y es que una tarde en la escuela que se localiza a mano derecha yendo de sur a norte, pasando el puente del río Mololoa por la avenida México, hubo una reunión del seccional del PRI pa-

ra tratar el asunto del cobro del impuesto de los 2 pesos por metro lineal del frente de la casa. Dicha asamblea se había organizado con la orientación y supervisión de Emilio M. González. Pero los colonos nos convocaron a los del comité coordinador para defender la postura del no pago del impuesto. Llegamos justo en el momento en que los integrantes del presidio iban a tratar el tema y la asamblea al vernos se volcó en abucheos y silbidos para los dirigentes. Ni siquiera pudimos tomar la palabra porque la mesura y la prudencia de quienes la organizaron hicieron que se retiraran del lugar. Por eso yo pensaba que mi despido de la UAN se trataba de una represión.

Ya de encargado de La Voz de Nayarit me integro al primer desayuno organizado por el gobierno de Emilio M. González para la prensa local y nacional de la entidad. Al finalizar el evento el gobernador quiso saludar de mano a todos los asistentes. Se hizo una larga fila y cuando llegué

con él lo primero que le reclamé fue mi despido. Lo culpé de haber girado instrucciones para que me corrieran de la universidad y le exigí me dijera las causas por las cuales esas instrucciones habían sido giradas. Mi sorpresa fue cuando el gobernador Emilio me dijo que yo estaba equivocado, que él no sabía de mi despido y se comprometía a reinstalarme en la universidad. Quedamos que cada uno le daría seguimiento por su lado al asunto. Por lo pronto, me dijo, quédate donde estas y vamos a ver cómo te ayudamos. Así fue como La Voz de Nayarit empezó a hacer incluida en los apoyos que se otorgaban a los periódicos y a mí me incluyeron en los apoyos a periodistas.

Pasaron 10 u 11 meses cuando un buen día el gobernador me dijo que ya me iban a reinstalar. Me reinstalaron sin ubicación precisa, solamente en la nómina. Estaba claro que no era santo de la devoción del director de la escuela de economía ni del rector. Comenté con el gobernador la situa-

ción en la cual me encontraba y me aconsejó acudir por las mañanas al departamento de personal para que me vieran y de allí irme al Sindicato de Personal Académico cuyo dirigente era José Luis Rodríguez Jiménez. El SPAUAN estaba por la calle San Luis, a un lado del departamento de personal que se ubicaba en la esquina de la avenida Allende y la calle San Luis.

Así transcurrieron los días hasta que se planteó el asunto de la renovación de la dirigencia sindical. Yo estaba reinstalado con mis derechos plenos en la universidad y aunque no aspiraba a ningún puesto, tenía la capacidad jurídica y humana para ejercerlo cualquiera que este fuera.

En aquel tiempo era usual que los problemas universitarios se resolvieran con las recomendaciones del gobernador. En la práctica la universidad había nacido como la universidad del gobierno del Estado. Después le otorgaron la auto-

nomía pero en los hechos seguía dependiendo del gobierno. Por eso en la renovación de la dirigencia sindical no era extraño platicar con los representantes del gobierno. En esos días de efervescencia política el gobernador Emilio me había invitado a desayunar en casa de gobierno. Allí me confesó que cuando él era dirigente de la central siempre había preferido el puesto de secretario de acción política, Y me comentó que a él le gustaría que yo fuera el secretario de acción política en el comité del SPAUAN. Lo único que acate a decirle fue que también me gustaría serlo. Llegó la fecha de la elección del Comité Ejecutivo Central del SPAUAN y yo aparecí en la planilla como secretario de acción política, Héctor M. Béjar Fonseca como Secretario General, Toribio Gutiérrez como el secretario de organización, Fernando Gonzales como tesorero , Alberto Casillas Barajas como secretario de actas y acuerdos y muchos otros compañeros en comisiones.

Llegó el día de rendir protesta. Todo salió como se tenía previsto, no hubo sorpresas. Y a partir de ese momento el nuevo comité del SPAUAN inició sus labores sindicales. Quizás no teníamos mucha claridad del rumbo que tomaríamos pero sentíamos la obligación de defender a los maestros. Héctor Béjar en su calidad de secretario general del sindicato impuso el principio rector de toda la actividad sindical al señalarnos que a los maestros había que defenderlos aunque no tuviesen la razón. Y desde ese momento el SPAUAN había reconquistado su razón de ser.

Pasó algún tiempo y nos dimos cuenta que entre los docentes había severos problemas académicos. Como consecuencia del crecimiento explosivo de la matrícula de la universidad se habían fundado las escuelas preparatorias y se habían improvisado sus correspondientes plantas docentes. En consecuencia en la universidad en el nivel de bachillerato existían docentes cuya capacitación

profesional no les exigió los estudios de bachiller y por lo tanto no acreditaban sus estudios de preparatoria. El SPAUAN asumió ese problema como propio y en combinación con el gobierno de Emilio M. González se nos prestó la preparatoria “20 de noviembre” de las Varas, municipio de Compostela para solventar esa dificultad universitaria. En primer lugar fui nombrado director de esa preparatoria y en segundo lugar se organizaron sesiones sabatinas. La preparatoria en mención se ubicaba en los terrenos de la colonia Celso Hernández pertenecientes al ejido de Mazatán.

No pasó mucho tiempo para que aquella acción académica del sindicato fuera valorada por el resto del personal docente de la Universidad. Se estableció una comunicación sincera entre los agremiados y sus dirigentes, a tal grado que nos dimos cuenta que en el nivel profesional existían muchos docentes que no habían culminado su licenciatura. Posteriormente hubo la demanda de las

docentes de enfermería que aspiraban a obtener el grado de licenciatura. Y así como estos, surgieron otros problemas académicos de la planta docente de la UAN.

El gobernador Emilio M. González frecuentemente nos invitaba a desayunar en casa de gobierno a Héctor Béjar y a mí. Allí en el desayuno comentábamos los problemas que íbamos encontrando, tanto los laborales como los académicos. En uno de esos desayunos comentamos la situación de los docentes de las preparatorias. En otra ocasión expusimos la aspiración de los maestros del nivel superior y posteriormente la demanda de las enfermeras que se desempeñaban como catedráticas de la escuela de enfermería. El gobernador Emilio, sensible al acontecer universitario nos facilitó un autotransporte para una comisión de catedráticos nayaritas nos dirigiéramos hasta Acapulco Guerrero en busca de alguna solución al problema académico de nuestros docentes. Fue un ir y venir por

las diferentes instancias educativas del país. Así llegamos con el entonces subsecretario de educación superior de la SEP, el doctor Jorge Flores y con su subalterno, el doctor Salvador Malo. Y en ese trajín localizamos a la sección de matemática educativa del CINVESTAV donde encontré a dos viejos amigos, Eugenio Filloy y Carlos Imas. Siendo yo estudiante de economía de la Universidad Amistad de los Pueblos “Patricio Lumumba” les traje una matriochka grande llena de oro para su movimiento contestatario en el IPN, que el matemático Guillermo Gómez les enviaba. De inmediato Eugenio y Carlos nos pusieron a nuestra disposición un programa de maestría en matemática educativa por el sistema abierto. Cabe mencionar que en todo el país no se había suscrito un convenio académico entre el CINVESTAV y un sindicato. El SPAUAN era el primer sindicato de académicos que suscribía un convenio con la sección de matemática educativa del CINVESTAV. De allí surgió primero el Programa Nacional de Formación Académica de Profesores

res, antecedente del Programa de Matemática Educativa de la UAN. Con esta acción ya se tenía la vía de solución de buena parte de los docentes nayaritas, fueran o no, personal universitario. Otra vía de acreditación de estudios era la escuela de ciencia de la educación que el SPAUAN había retomado e impulsado. Y en este tenor, se forma el Centro de Investigación y Didáctica Aplicada, CI-DA, que operó en Xalisco Nayarit. Con todas estas acciones el sindicato estaba resolviendo problemas de acreditación de estudios de sus agremiados y se había convertido en un fuerte impulsor de la excelencia académica universitaria. Esta actividad permitió que ante los funcionarios de la subsecretaría de educación superior de la SEP pudiéramos plantear requerimientos de salario y de homogenización de sueldos con los académicos de la UNAM. Por eso logramos que en las negociaciones contractuales se negociara el incremento anual pero también incrementos bimestrales y trimestrales hasta homologarnos con la Universidad Nacional Au-

tónoma de México. El SPAUAN se había convertido en sinónimo de desarrollo académico y de bienestar laboral.

Programa de Matemática Educativa.



El programa de matemática educativa es emblemático. Fue el primer programa con postgrado pero también fue un programa académico que no gozó de los afectos de los rectores en turno. Tuvo que pasar algún tiempo y esperar la llegada del rector Francisco Javier Castellón Fonseca para que se le reconociera como tal y se legitimaran sus estudios. Después de él siguió la misma historia. Mientras el programa estuvo solo el trabajo se realizaba diariamente desde las 7 u 8 de la ma-

ñana hasta las 20 o 21 horas. Era una comunidad de académicos que trabajaba de lunes a lunes no solamente de lunes a viernes. Sin embargo algo no gustaba a las autoridades universitarias.

Siendo rector de la Universidad Autónoma de Nayarit el maestro Francisco Javier Castellón Fonseca, un buen día me invita a colaborar con él en compañía de María de la Luz Díaz y de Jesús Nolasco Bueno, en la implementación de la reforma universitaria. Éramos tres jóvenes de la tercera edad que fuimos nombrados coordinadores de área. Yo del área de ciencias e ingenierías, Luz del área de la salud y Jesús del área de sociales y económico administrativa. Al lado nuestro nombró al Dr. Alberto Madueño coordinador del área agricultura, veterinaria y pesca. En realidad más que reforma se debió de decir refundación. Era un esfuerzo académico que no se pudo implementar porque lesionaba intereses políticos y atentaba contra el control de los poderes fácticos. En esencia

se trataba de fundar una universidad organizada por áreas del conocimiento cuyos programas educativos se basaran en currículos por competencias profesionales y se contara con autoridades colegiadas en todos los niveles. La academización de la vida universitaria quedó en un intento fallido. Los rectores subsecuentes más bien trataron de aniquilar lo que se hizo.

El proyecto del rector Francisco Javier Castellón Fonseca era singular. Ninguna universidad del país se había planteado estructurar sus carreras en base a currículos por competencias profesionales. La universidad que había explorado ese enfoque era la Universidad de Guadalajara. Por eso se recurrió a ellos como los principales asesores de la reforma universitaria nayarita. Sin embargo la UAN tenía una gran diferencia con la UdG. Se proponía fundar todos los programas educativos de la universidad en el diseño por competencias.

Después del fracaso de la refundación académica de la Universidad Autónoma de Nayarit me jubilo en el año 2010. Sin embargo me integro al proyecto educativo Paulo Freire que Jaime Cervantes Rivera y Ma Rosario Valdez Flores habían iniciado en Nayarit. Este proyecto consistía esencialmente en desarrollar todas las potencialidades de los niños a partir de la educación inicial, concibiendo a la educación como la directora de ese desarrollo. Se trataba pues de una educación desarrolladora o de un desarrollo conducido por una educación. En realidad el sistema Paulo Freire impactó al sistema educativo estatal.

Novena travesía:

La actualidad

Aparentemente no existía vinculación entre el nivel universitario y el nivel inicial de la educación. Sin embargo esa apariencia desapareció cuando en la investigación de mi tesis de maestría me tocó analizar algunos de los problemas lectomatemáticos. Me había integrado al programa de maestría en la enseñanza de las matemáticas, del CUCEI de la UdG. Allí mi tutor de tesis fue el coordinador del programa, el Doctor Ricardo Ulloa Azpeitia quien tenía esa línea de investigación y con los maestrantes realizaba proyectos e investigaciones lectomatemáticos. En el análisis de mi tesis de maestría me di que los profesores de primaria ejercían un fuerte impacto en la mentalidad de sus alumnos de tal forma que cuando llegaban al nivel de la licenciatura sus definiciones de los conceptos matemáticos las relacionaban con las ideas que sus maestros de

primaria les habían dado. Esto hacía pensar que en la secundaria y en la preparatoria no habían logrado conceptualizar los objetos matemáticos y que las ideas imprecisas sobre ellos correspondían a la imprecisión conceptual de sus maestros de primaria.

Mi estancia en el sistema educativo Paulo Freire me dio la oportunidad de vincularme a la didáctica de la educación inicial y al conocimiento del desarrollo integral del niño considerado éste como un ente biopsicosocial. Además trabé contacto con el Enfoque Histórico Cultural y con las obras de Vigotsky. A partir de la educación inicial y primaria pude explicarme no únicamente el manejo impreciso de los conceptos matemáticos sino también las causas del rechazo a las matemáticas o, por lo menos, del no gusto de las matemáticas.

Me di cuenta que el no gusto por las matemáticas era un problema complejo y de difícil, pero no imposible solución. Los objetos matemáticos

son de mayor abstracción que los objetos de la física y de otras ciencias. En la ciencia matemática sus objetos no se pueden tan fácilmente correlacionar con el mundo físico, motivo por el cual resulta más difícil construir mentalmente las imágenes. Esta característica de los objetos matemáticos necesariamente me condujo a buscar en los primeros años de vida del niño la forma de desarrollar las habilidades de la generalización, de la comparación, de la discriminación, de la analogía, de la abstracción, etc., ya que son habilidades básicas para las matemáticas. Más aún, estas habilidades se comienzan a desarrollar con la educación prenatal. Estas conclusiones me llevaron a participar activamente en los CENDI's Pablo Freire y aunque ya no estaba realizando investigaciones empíricas, la observación me servía para corroborar ciertas formulaciones hipotéticas y explicarme algunos problemas de la didáctica de las matemáticas.

Memorias de un Universitario

José Octavio Camelo Romero nació en la ciudad de Tepic, Nayarit, el 30 de abril de 1942. De 1962 a 1964 estudió la secundaria en la escuela secundaria nocturna Melchor Ocampo de Tuxpan, Nayarit.

De 1964 a 1966 realizó los estudios de bachiller en la escuela preparatoria número 1 del Instituto de Ciencias y Letras del Estado de Nayarit. El 21 de agosto de 1966 se trasladó a Moscú, la capital de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas a estudiar economía y matemáticas en la Universidad Amistad de los Pueblos "Patricio Lumumba".

Regresa al país el 14 de febrero de 1971. El 1º de Septiembre de 1975 oficialmente se integra como docente de la Universidad Autónoma de Nayarit. Primero fue académico de la escuela de economía, después fue secretario de acción política del SPAUAN, luego fue encargado del programa de matemática y finalmente fue coordinador del Área de Ciencias e Ingenierías, para posteriormente jubilarse de la Universidad.

Formación Profesional

Licenciado en Matemática Educativa

Universidad Autónoma de Nayarit

Maestro en Ciencias en la Enseñanza de las Matemáticas

Universidad de Guadalajara

Doctor en Ciencias de la Educación

Universidad México-Cubana



Editorial

